

Bachelet: el plan B

Roberto Munita

Director de Administración
Pública UNAB



El plan Bachelet (o plan B) no pudo ser mejor ejecutado. El lugar fue elegido con pinzas —no se trató de un punto de prensa, sino de un seminario universitario— y la forma también: la expresidenta simplemente deslizó que Lula da Silva le había sugerido lanzarse una vez más como candidata presidencial. Y con eso bastó para que todos empezaran a hablar de ello. daba lo mismo que otros ya lo hubieran adelantado; el hecho que ella misma lo haya reconocido fue el verdadero *game changer*.

Ahora, el siguiente paso de este plan B implica tomarse las cosas con calma: Bachelet ha dicho que hablará en marzo. Sabemos que juega con el tiempo a su favor, para saber cuántos apoyos suma, cuántos recursos puede comprometer y cuánto vale su marca, considerando que —por primera vez— no es la favorita de las encuestas.

Para el oficialismo, en cambio, el tiempo juega en contra. Pero —muchos afirman— esperar a Bachelet vale el riesgo y la

ansiedad. Este es el verdadero plan A. Es la mejor carta que pueden tener, y la única realmente competitiva, al menos hoy.

La expresidenta es, además, de las pocas figuras que concita apoyos tanto en el Socialismo Democrático, como en el bloque FA-PC. Es imposible desconocer que hay tensión entre ambos hemisferios, y las relaciones podrían quedar aún más dañadas con una primaria costosa y desgastante. Bachelet, en cambio, asegura una tregua, cosa que seduce a muchos.

Sin embargo, no todo es miel sobre hojuelas para doña Michelle. Si decide dar el paso, el plan B deberá enfrentarse a tres grandes dilemas. El primero está dado por los fantasmas de su último Gobierno: Bachelet II se asoció a desastre migratorio, una reforma educacional que ha envejecido mal, una reforma tributaria que no logró los resultados esperados, y a la incubación de un sistema electoral que hoy muchos quieren modificar. Por tanto, su campaña la obligará a tener que salir al pizarrón y dar

explicaciones constantemente.

Segundo, de aceptar esta empresa, se convertirá en la heredera del actual Gobierno, que nunca ha podido superar el 35% de apoyo, y que carga con sus propios fantasmas. En comunicación política siempre es más cómodo ser desafiante que incumbente, pues el relato se arma mucho más fácil. Ella, en cambio, deberá

cargar siempre con la etiqueta de la “continuidad”.

El tercer dilema es quizás el más complejo: para muchos de los que llegaron al poder con Boric, Bachelet representa el lastre de los 30 años y un modelo neoliberal que intentaban desa-

huciar. Sin ir más lejos, la primera vez que Bachelet fue candidata fue hace 20 años, cuando muchos de estos dirigentes eran apenas unos adolescentes. Luego, esta alternativa representa un total fracaso para toda una generación. Y asumir esto, darse cuenta de este “realismo con renuncia”, sí que es un plan B.

“Para el oficialismo, en cambio, el tiempo juega en contra. Pero muchos afirman que esperar a Bachelet vale el riesgo y la ansiedad. Este es el verdadero plan A”.